

conseguir para su causa, explícitamente, al profesorado. Pero lo mismo que esto fue cierto, lo fue también que, para servir, en la primera hora, al designio falangista, tampoco era preciso, desde luego, vestir la camisa azul. No obstante, la Universidad debería ser, y así se procura, una e indivisible en sus convicciones, impermeable y rígida en sus premisas, cerrada sobre sí misma y con un solo cordón umbilical: el que la atara a los hombres de Falange.

No hay, sin embargo, un serio esfuerzo financiero que respalde a tan ambiciosa voluntad ideológica. Y los edificios han sido, ciertamente, muy severamente dañados. Algunos, como las fundaciones Del Amo o Federico Rubio, habían quedado del todo destruídos; otros, como las facultades de Medicina, Filosofía y Letras o Farmacia se hallaban todavía en pie, pero su estado era penoso tras el expolio y la metralla, y su utilización, de momento, imposible.

La reconstrucción comenzó por los edificios médicos, para ir atendiéndose después a los demás, en un orden de prioridades no siempre debatido y oportuno, hasta que, en 1957, quedara instalado por fin, en el nuevo Pabellón de Gobierno, la sede del rectorado. Entre tanto y hasta principios de los cincuenta, bajo el larguísimo mandato de Pío Zabala como rector, la Universidad había quedado casi por completo confinada a sus antiguas dependencias de la calle de San Bernardo, en el viejo edificio del Noviciado.

Era éste el centro y cabeza visible de la Universidad Central, desde donde se regía el conjunto —administrativo y político, docente y discente—, en un forzado y casi irrisorio intento de recuperar, en la precariedad, el viejo boato alcalaíno. Desde entre sus paredes se promulgaron, como consigna de iniciación académica al curso de 1941-42, las novedades que el nuevo régimen preveía para su sistema educativo superior: no faltó allí el discurso inaugural del Jefe nacional del S.E.U.; ni la misa oficiada por el decano de Derecho, el canonista Eloy Montero —ayudado en la ceremonia por dos estudiantes falangistas—. Y revisando todo aquel ceremonial, el más rotundo de que se fue capaz, no llegaremos siquiera a sorprendernos si recordamos, hoy, que «daban guardia al altar gastadores de las milicias del S.E.U., con la bandera nacional y los guiones de las distintas Facultades» (como recogerán, una tras otra, las reseñas de apertura de curso). Solamente detrás de la autoridad política hallaba su turno la autoridad académica, impacientes tanto la una como la otra, al menos en esta ocasión del año 41, primera vez que se trata de hacer balance, global, dirigido a los medios académicos, y en circunstancias en las que, según consta en la documentación de archivo, la inquietud del SEU respecto a la calidad de la enseñanza se manifestaba en continuas presiones sobre las autoridades académicas y ministeriales para que urgiesen la convocatoria de cátedras.

El seuista Rodríguez de Valcárcel, en su discurso, no ofrece demasiados elementos de sorpresa: rememora la tradición de Isabel y Fernando, los estudios del Rey Sabio, y pasa casi sin transición a la alabanza del sindicato estudiantil falangista, al que atribuye y desea una presencia omnímoda, desde el ámbito político al militar. Pero, si somos capaces de leer entre líneas, en seguida podremos contar con pistas para el seguimiento del descontento que a los cuadros falangistas les invadía, empeñados en cristalizar en la Universidad parte importante de sus esperanzas. «Entre las ruinas que hoy se mantienen en pie —se lamenta el orador— está la de nuestra Universidad», muy lejos de haberse «ajustado aún a lo que el partido exige y espera de la misma». De hecho, los

estudiantes no habían respondido a la llamada de afiliación tan decididamente como Falange hubiera deseado, pero tampoco el profesorado se mostró entusiasta en exceso. Se estaba convencido, sin embargo, de que sólo el encuadramiento de unos y otros en la ortodoxia y la disciplina de la formación política en cuestión conseguiría el resultado final de salvar a la Universidad, reconstruyéndola míticamente de sus cenizas: «Es claro —decía Carlos R. de Valcárcel— que la actual Universidad tiene ya muy contados días».

El SEU rechazaba también contundentemente la sindicación propia del liberalismo capitalista, orientada únicamente a la mejora de la situación laboral y profesional. Por el contrario, el sindicato dice procurar impedir, sin rebozo y enfáticamente, que la universidad española «emprenda otra vez caminos de tumultuaria subversión o de artera penetración en los órganos vitales del Estado, como lo hizo con la FUE y con la Institución Libre de Enseñanza». Dispuestos a que la «penetración» se produzca a la inversa, se concibe una doctrina «orgánica» de colaboración social en la que la Universidad halla su expresión a través de las facultades y demás «entes menores» que la componen. Sistemáticamente, sus miembros hallarán su debida representación en el sindicato, para todos los niveles del mando: «Sólo queremos consignar aquí —se proclama— que el SEU pretende, en virtud de este concepto de la Universidad que tenemos, estar presente en los órganos de gobierno de la Universidad de cualquier grado que éstos sean, y que mucho se holgaría de poder encontrarse allí con el Sindicato de Profesores para laborar todos juntos en un mismo afán».

La reforma Gentile de la universidad italiana es explícitamente citada en el discurso que comentamos. Y vamos a insistir en ella porque las pautas de interpretación de lo que debería ser el núcleo universitario, de su finalidad y de sus funciones, le vienen precisamente de allí al discurso falangista (se cita expresamente la declaración XIX de la «Carta de la Escuela Italiana», de 15 de febrero de 1939). La universidad, en este código propuesto, debería cumplir sus deberes («investigación» y «especialización» se citan expresamente) más allá de su función de legitimación profesional. Lo cual quiere decir que deberían organizarse cursos de ampliación y seguimiento, tanto en el campo de los saberes concretos como en el de la conformación y génesis de dichos saberes, cursos a los que acudan licenciados, personas en posesión previa de un título profesional. Por otra parte, esto supondría inevitablemente —se añade— una mayor presencia social y profesional de los medios universitarios, cubriendo así un objetivo de primer orden, y contribuyendo, de paso, a una capacitación técnica que la profesionalización exige sin paliativos, pero que la Universidad, en su conjunto, dista mucho de proporcionar: «Es preciso que la Universidad salga hoy de su propio campo, acotado tan sólo para la docencia y la formación teórica, para tutelar la iniciación práctica». Vieja carencia ésta que no podrá, sin embargo, ser salvada en los años venideros. Muy al contrario, títulos profesionales y capacidades técnicas de los graduados tenderán a convivir en una proyección divergente, sin que los sucesivos intentos de mejora puedan llegar a contrapesar el deterioro real de las enseñanzas otorgadas por la mayor parte de los enseñantes.

Por circunstancias distintas, evidentemente, a las del período republicano, pero al igual que venía ocurriendo en los países de Europa occidental —incluida España— al menos desde la década de los 20, de nuevo se enfrenta el licenciado, en la España de los 40, al paro profesional. Por seguir con el muestrario de preocupaciones de Rodrí-

guez de Valcárcel, diremos que el mismo se muestra eminentemente preocupado por lo que denomina «paro intelectual», negándose el orador tajantemente a aceptar una supuesta fórmula de «compensación internacional de facultativos», seguramente más por razones ideológicas que estrictamente profesionales o de índole laboral. Pero, al tiempo que este elemento de protección nacionalista y corporativa se afirma como una de las claves del control político establecido sobre la población, aparece igualmente la reivindicación populista inevitable: Falange, como era de esperar, no «estima procedente la adopción del criterio del número cerrado (sic), que puede negar con lo fatídico de su guarismo las posibilidades de un genio».

Inexcusable, pues, en consecuencia, la mejora y depuración de las medidas selectivas, siempre de acuerdo con una jerarquización escalonada: se arbitrarían por ello medidas de selección pre-, post- y estrictamente universitarias. Entre las primeras, el examen de ingreso por facultades. La más importante, no obstante, sería la empresa de reforma de los planes de estudios. Y, por último, el sindicato proponía, «dentro del propio plan, una bifurcación». Esta debería producirse «al finalizar la licenciatura en los cursos de investigación y en los cursos de especialización, adoptando con ello el modelo italiano». El acuerdo sobre tales bases debería conseguirse a partir de la colaboración estrecha de los profesores —recuérdese que es ésta una propuesta que parte del sindicato falangista de estudiantes—, pero también debería contar con el apoyo de los profesionales no enseñantes —se insiste en ello en coherencia con el corporatismo de fondo—. Con arreglo a todo ello, las partes que intervengan en la fijación de cupos numéricos para el ejercicio profesional deberán ser las siguientes: las Juntas de Facultad o Escuela, los sindicatos de estudiantes, los de profesores, y los profesionales. Sería también la propia Junta la que reglamentase «la iniciación de la práctica profesional», contando siempre —atiéndase bien a esto— «con todo el apoyo del Sindicato profesional del que formen parte, quien asegurará durante el primer año de su vida profesional la iniciación práctica en la misma», aportando si es preciso «los medios para su decorosa subsistencia, al objeto de mantener el prestigio de la profesión a través de las instituciones mutuales que se creen en el seno del propio Sindicato».

Hemos insistido en la abundante incorporación textual de estos fragmentos porque los consideramos enormemente ilustrativos de lo que pudiera ser el ambiente y objetivos del sector falangista en la Universidad en los primeros cuarenta. Buena parte de las quejas, muy abundantes, de los seuístas, por entonces, proceden de las dificultades que entrañaba para su proyecto político una profesionalización por lo general estrangulada, así como la muy poco convincente imagen que la mayor parte del profesorado dejaba impresa en los corazones de los jóvenes cursantes. Tanto oficial como extraoficial y privadamente, los temores fueron constantes a propósito de los altos riesgos que este descuido —sólo quizá aparente— entrañaba. Y quizá no sea muy osado decir que el SEU supo siempre de dónde vendría su amenaza mortal: por ello llegó un momento en el que trató de hacerle frente internándose en ella misma. Fue entonces cuando provocó las iras de otros sectores del falangismo, por definición antiintelectuales, que contribuyeron decisivamente a la desaparición de la escasa credibilidad que aún le restaba entre algunos grupos de estudiantes. No adelantemos, sin embargo, los acontecimientos, y recordemos todavía algo más acerca del proyecto inicial nacionalsindicalista con respecto a la Universidad.